

CATHY HOPKINS

# Mentiras inocentes



# 1 Verdad, consecuencia, beso o promesa

–¿Verdad, consecuencia, beso o promesa? –preguntó Mac mientras intentaba por tercera vez encender el fuego.

Becca se reclinó contra una roca y enterró los pies en la arena.

–Verdad –eligió.

–Bien, tienes que decirnos quién te gusta.

–¡Qué fácil! –exclamó Becca–. Brad Pitt.

–No, me refiero a alguien de aquí, del pueblo.

–Eso también es fácil –respondió Becca–. Ollie Axford.

El rostro de Mac se ensombreció mientras el fuego al fin cobraba fuerza. Aunque dice que no le interesan las relaciones, creo que siente algo por Bec. Lo he visto observarla mientras ella se peinaba. El cabello es lo mejor que tiene Becca, aunque ella no lo crea. Le gustaría tener el pelo rubio y lacio como el de Gwyneth Paltrow, pero luce más bien como una princesa escandinava con su larga melena pelirroja y su piel de porcelana.

–¿De veras estás diciendo toda la verdad? –insistió Mac.

No pude evitar reír. Era típico de los muchachos. Sólo porque Becca no dijo que le gustaba él, piensa que debe estar mintiendo.

–Sí, es la más pura verdad –respondió Becca–. Ollie Axford.

Mac se encogió de hombros.

–No sé qué le ves. Es un estirado.

–Exactamente –dijo Becca–. Por eso me gusta. Es diferente.

Repartí las *Cocas* y le di a Zoom las salchichas para que las cociera. Era un alivio que no me lo hubieran preguntado a mí. Yo también habría tenido que responder que era Ollie y a Zoom no le habría gustado, menos aún a Becca. Zoom es mi novio desde comienzos de la secundaria, pero últimamente he perdido el entusiasmo y quiero algo más. Zoom me resulta demasiado familiar; crecimos juntos. Y no es que no me guste. Me gusta, sí, pero ha llegado a ser más bien un compinche, como un pariente, incluso un hermano. Y ¿quién quiere besarse con su hermano? Ajjj. Tiene que haber algo más. Becca no es la única que ha reparado en Ollie. Nombre completo: Orlando Axford. Hijo de Zac Axford, famosa estrella de rock norteamericano que vive en Barton Hall. Todo el pueblo siempre está hablando de ellos, porque son superfascinantes. Viven en una casa alucinante, más bien una mansión, con un terreno enorme con caballos y perros, y hasta tienen un perro chino con cola de cerdo. Lo vi una vez por el portal, cuando fui con mi papá a entregar mercaderías. La Sra. Axford es bellísima. Solía ser modelo, y Ollie es el chico más buen mozo que yo haya visto. Jamás hablé con él, pero lo he visto por ahí cuando vino a pasar las vacaciones.

–Bien, es tu turno, Cat –dijo Zoom, al tiempo que clavaba una salchicha con un tenedor y la sostenía sobre el fuego–. Verdad, consecuencia, beso o promesa.

Miré hacia el océano frente a nosotros mientras pensaba qué elegir. Estábamos a comienzos de septiembre y las clases empezaban el lunes. Terminaba otro verano en Cornwall y allí estábamos todos, el grupo de siempre, disfrutando una fiesta en la playa antes de que se pusiera el sol. No tiene nada de malo, pensé. Es un lugar muy bonito y nos divertimos mucho, pero ¿eso es todo? ¿Seguiré con Zoom hasta terminar la escuela? No. Quiero más. Y lo quiero pronto.

–Consecuencia –respondí.

Zoom sonrió.

–A ver, déjame pensar una buena. ¿A quién podrías mostrarle el trasero...?

Típico. Hasta los castigos eran previsible: mostrarle el trasero a algún desprevenido.

–No, no –dijo Becca–. Tengo uno mucho mejor.

–¿Otra prenda? ¿Qué más quieres que muestre?

Mac, Zoom y Becca me miraron como si estuviera loca. Quizá lo estoy. Últimamente me he sentido un poco rara. Por las hormonas, tal vez. La Sra. Jeffries, nuestra profesora, lo adjudica todo a eso; por ejemplo, cuando alguien se encapricha o tiene una rabieta, dice: «Oh, son las hormonas». Todos nos reímos, y si alguien hace algo ligeramente raro, decimos: «Son mis hormonas que me están jugando una mala pasada».

–Idiota –dijo Becca–, pero si tengo una prenda brillante.

–Dila.

–La próxima vez que veas a Ollie Axford, tienes que ir y hablar con él.

–¡Hablar con él! ¿Por qué? –pregunté, temiendo por un momento que Becca hubiese adivinado mi secreto.

Becca levantó los ojos al cielo.

–Por mí, claro. Vamos, Cat, por favor, ya sabes lo buena que eres para encarar a los chicos. Y siempre les caes bien. Habla con él. Averigua si se ha fijado en mí, si tiene novia. Esa clase de cosas, y tal vez puedas mencionar, como al pasar, que tienes una amiga a quien le gustaría conocerlo.

–Ni lo sueñes –respondí–. No, de ninguna manera.

Miré a Zoom en busca de apoyo.

–Vamos, Cat, si Becca tiene semejante enganche, lo menos que puedes hacer como amiga es ayudarla.

Asombroso. Ni siquiera se pone celoso ni se siente amenazado. Está tan seguro de nuestra relación que es capaz de mandarme a encarar al chico más divino de Cornwall, si no del país entero, con toda su aprobación.

–No, olvídalo. No quiero consecuencia –dije–. Elegiré otra cosa.

–No puedes cambiar de idea sólo porque no te gusta el castigo –objetó Becca–. Es contra las reglas.

–Sí, pero lo que quieres que haga es una prenda que deberías hacer tú misma –contesté, mirando a todos con la esperanza de que alguno me apoyara. Me di cuenta de que Mac se había puesto taciturno. Lástima, porque me cae muy bien. Lleva un año viviendo aquí y aún no aterrizó del todo. Siempre está hablando de Londres y de cuánto extraña su vieja escuela y a sus compañeros. Sus padres están divorciados, y él sólo es feliz cuando logra ir a visitar a su papá, que todavía vive allá, en un apartamento en Islington. Tener a Becca como novia quizá lo ayudaría a adaptarse, y estoy segura de que a ella le interesaría de no ser por Ollie Axford.

Decidí ayudarlo.

–¿Verdad, consecuencia, beso o promesa, Mac? –le pregunté.

Se encogió de hombros.

–No me importa.

–Entonces yo elegiré por ti –dije–. Beso.

–No voy a besarte, si es lo que crees –dijo, y por un momento se le iluminó la cara–. Zoom me mataría.

–Aún no te dije a quién tienes que besar –le recordé–. No, tienes que besar a Becca.

–¡Cat! –exclamó Becca, escandalizada.

Por lo general, cuando elegíamos la opción del beso, había que besar a algún compañero que no nos gustara o a uno de los ancianos del lugar. Una vez no se nos ocurría nadie, y Becca mandó a Zoom a besar un cesto de basura.

–Bueno, tiene que ser en un momento apropiado –retrocedí.

–Nunca, entonces –dijo Mac, nuevamente taciturno–. Y, de todos modos, tú no has cumplido tu parte, Cat.

–De acuerdo. Verdad, entonces –respondí.

–Cuéntanos tu mayor secreto –pidió Becca.

–En ese caso, no sería un secreto, ¿verdad? –dije, tratando de ganar tiempo.

–Reglas son reglas, y tú te acobardaste con el castigo que te impuse –insistió Becca–. Vamos, cuéntanos.

–De acuerdo –dije–. Pero ¿y si sólo te lo cuento a ti? Las reglas no dicen que tengo que contárselo a todos.

–Me parece bien –opinó Zoom–. De todos modos, ya conozco todos tus secretos.

Mac se encogió de hombros.

–Como quieran –dijo, dándonos la espalda y mirando hacia el mar. Creo que se alegraba de que yo no hubiese querido cumplir la prenda.

Después de dos paquetes de salchichas, hamburguesas y *Cocas*, iniciamos el largo ascenso de regreso por el acantilado.

–No debería haber comido esa última salchicha –dijo Becca, jadeando, al cabo de diez minutos de caminata.

–Ya falta poco –respondí, mientras la alcanzaba.

Nos detuvimos un momento para recuperar el aliento y observar la vista que se extendía ante nosotras. Kilómetros y kilómetros de costa hasta Rame Head. Aunque nací aquí, aún me encanta contemplar el mar mientras rompe en la arena, formando dibujos como de encaje blanco.

Zoom y Mac se habían adelantado y casi llegaban a la cima, de modo que decidí hablar con Becca mientras estábamos solas.

–¿No te gusta Mac? –le pregunté.

Becca se recogió el pelo en una coleta y se puso en marcha otra vez.

–Sí, claro. Pero no de esa manera. Además, él no está buscando novia y, sin duda, no le gusto. Yo hubiese querido matarte cuando me hiciste eso del beso. ¿Por qué se te ocurrió juntarme con él?

–Pensé que te gustaría. Es decir, es el tipo de chico que te gusta. Rubio, tiene una linda sonrisa y es divertido casi todo el tiempo.

–Ah, pero yo estoy apuntando más alto –respondió, con aire soñador–. Ollie Axford. Es el mejor.

–Eso es esta semana. La semana pasada era Phil.

–¿Phil Davies? Ajj. Jamás –dijo Becca–. Phil fue un desvío menor en mi plan de juego.

Tuve que reír. Para Becca, no había términos medios. Siempre estaba enamorada. Cada chico nuevo con quien se enganchaba era “el mejor”. No sabía si tomar muy en serio este nuevo enamoramiento de Ollie. ¿Sería uno de sus caprichos o esta vez era de verdad?

Mientras volvía a ponerme en marcha, se me ocurrió otra cosa. ¿Por qué trataba de juntarla con Mac? ¿Era porque quería tener vía libre para poder hablar con Ollie por mí y no por ella?

–Bec.

–¿Qué?

–Ahora te contaré mi secreto.

–¿Qué es? –preguntó Becca, deteniéndose.

–¿Me prometes que no dirás nada?

Asintió.

–Creo que quiero terminar con Zoom.

En realidad, no era mi mayor secreto. Mi mayor secreto era que me gustaba Ollie. Pero tuve la precaución de omitir la palabra «mayor» y esperé que ella no se diera cuenta.

Becca dio media vuelta.

–No hablas en serio. Con razón no quisiste decirlo delante de los demás. Pero ¿por qué? Digo, ustedes dos están juntos desde... siempre.

–Exactamente. Desde que se creó el mundo.

–Entonces, ¿por qué ahora? ¿Hizo algo que te molestó?

Reí.

–No. –Zoom era incapaz de hacer algo que pudiera molestar. Es la persona más buena que conozco. Amable y considerado. No le haría daño a una mosca. Siempre es el primero en ofrecer ayuda. Generoso. Simpático. Bonito, incluso. El novio perfecto–. Quiero un cambio.

Becca me miró fijamente.

–¿Por eso te cortaste tanto el pelo?

–No te gusta, ¿verdad?

–Me encanta. Te queda mucho mejor. Pareces Meg Ryan pero con cabello oscuro. –Caminamos un poco más y luego Becca se volvió otra vez-. ¿Te gusta alguien más? ¿Por eso quieres terminar con Zoom?

Quería decírselo, sí, sí, me gusta alguien: Ollie. Pero no podía hacer eso.

–No –respondí–, no hay nadie más. Sólo quiero cambiar.

Becca echó un vistazo hacia la cima del acantilado, donde nos esperaban los chicos.

–Vas a destrozarlo. Te adora.

Seguí la mirada de Becca y Zoom nos saludó con la mano. Zoom, el encantador Zoom. Mi amigo en las buenas y en las malas. Me acompañó en todos los momentos, aun los más difíciles. Como cuando murió mi madre, y yo tenía sólo nueve años. Hace tanto que nos conocemos.

–Y ¿cuándo piensas hacerlo?

–No lo sé –respondí.

–Y ¿cómo? ¿Qué diablos vas a decirle?

–Tampoco lo sé –me sentía horrible. No quería lastimarlo. ¿Cómo iba a encontrar las palabras adecuadas?